



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

15 de Enero de 1872.

Núm. 14.

UN DIA DE OCIOS.

POR EMILIO SOUVESTRE.

(TRADUCCION.)

MEDITACIONES.

(Continuacion.)

¡Leer.... Escribir.... qué de cosas encierran estas dos palabras!...

El otro dia recorriendo una de esas enciclopedias progresivas que emiten el arte, la ciencia y la moral, en provecho del mayor número de los hombres, me encontré con la que sigue:

«Cuando los primeros hombres aun erraban en la tierra forzados por la necesidad de conducir sus ganados allá á donde florecian los mas ricos pastos, uno de los hijos de Japhet se durmió en un desierto, cerca de sus ovejas, y hé aquí lo que soñó:

Le pareció que se encontraba en la cima de una montaña, desde donde percibia á lo lejos las tiendas en que acampaban los de su tribu y las de otras tribus amigas. A esta vista, su corazon latió de alegría; estendió sus brazos á ellos, esforzó su voz para llamar á sus parientes á su socorro; pero la distancia ni le permitia oír ni ser oído.

*En vano dirigió sus súplicas á las nubes, para que le trasportasen hasta sus hermanos; á las aves para que le prestasen sus alas; á los vientos para que trasmitiesen sus palabras; el viento, las aves, y las nubes, pasaban sin escucharle.*

*Los ojos del pastor se llenaron de lágrimas, y dijo invocando al Dios de sus padres:*

«¡Tú, Señor, que eres tan poderoso, franquéame el espacio, y el tiempo! ¡haz que en mi soledad pueda yo conversar con los demás hombres, y saber lo que ahora estén ellos pensando, y lo que han pensado en otros tiempos.»

*Terminada su invocacion, descendió un ángel, el que enseñándole unas tablas sobre las cuales habia trazado algunos signos, le dijo:*

«Despues que hayas aprendido á reconocer esos caracteres y que sepas imitarlos, tu deseo se verá cumplido.»

*Era el alfabeto que Dios mandaba al género humano, y con él los dos artes mas útiles á sus progresos y á su dicha: ¡la lectura! y ¡la escritura!»*

Gracias á ellos, en efecto, ¡qué importan las distancias y la soledad!

El hombre que sabe leer, conversa con los ausentes; recoge sus confidencias; oye las seguridades de sus afecciones; sabe lo que hacen, lo que piensan, lo que desean. El papel que recibe cubierto de signos que ellos han trazado, se asemeja á esos talis-

manes que pueden decir, evocar, á los amigos ausentes, mostrando á los ojos de la inteligencia sus sentimientos y sus ocupaciones. Sin la lectura, los ausentes serian como muertos, no sabiendo donde se hallan, en qué se ocupan, y si aun merecemos su cariño.

Quitad estas conversaciones por escrito, que reviven en la memoria, dando aliento al corazon, y la mayoría de los mas dulces lazos serian destruidos por la ausencia.

*El hombre que sabe leer*, puede estar en comunicacion, no solamente con sus amigos, sino con el universo. La tierra para él no tiene término fijo en el estrecho círculo que puede abrazar su mirada, porque participa de la vida comun, y para él no hay estranjeros porque puede aprender la historia de todas las naciones, y de las regiones mas desconocidas. Los libros le refractan el mundo entero como á manera de espejo.

*El hombre que sabe leer*, conversa aun con los muertos. Inclinado sobre los escritos en los cuales aquellos confiaron sus pensamientos, comprende y oye las páginas que parecen mudas, y que son sin embargo el eco de las frases de los grandes hombres; él recibe las lecciones de todas esas generaciones que han sembrado el camino del tiempo, como las estrellas han marcado el de nuestro globo; él se aprovecha de sus esperiencias, puede añadir á sus reflexiones aquellas otras reflexiones; es una especie de legatorio universal que le han dejado los sábios en los siglos que le han precedido.

*El hombre que sabe leer*, puede instruirse en todo; la enseñanza le llega directamente, sin necesidad de pasar por la boca del maestro. Los libros son para él escuelas siempre abiertas, que le siguen hasta el interior de las soledades y que ninguna voluntad mas que la suya puede cerrar.

*El hombre que sabe leer* no conoce el tédio tiene á su disposicion quanto puede despertar la curiosidad, interesar al entendimiento y conmover el alma. Puede viajar á largas distancias, oír el recitado del triunfo, ó los desastres de su patria; escuchar las inspiraciones de los poetas; asistir á los maravillosos descubrimientos de los sábios, seguir las aventuras romancescas de héroes ideales. La lectura, como una hada complaciente, le trasporta á donde quiere ir.

Como soberana poderosa, reúne en su córte los mas grandes génius que la tierra ha visto nacer, la que, cual esclava de sus gustos, se calla ó eleva su voz segun la fantasía del hombre.

*El hombre que sabe leer*, por fin, parece multiplicar sus facultades engrandeciéndolo su naturaleza.

El tiene mil cargos que no pueden ser confiados mas que á él solo; á los ojos de la sociedad tiene un sentimiento mas que el ignorante; pertenece, por decirse así, á un rango mas elevado en el órden de los seres.

Pero la lectura no es mas que la mitad de la ciencia indispensable, en ella principia el hombre social; la escritura le completa.

*El hombre que no sabe escribir*, lee los pensamientos de los demás, pero no puede hacer que lean sus propias ideas; oye sin tener la facultad de responder: ha recibido el oído, pero le falta la palabra.

Sus relaciones con los ausentes se limitan á un eterno monólogo, en el cual él es mudo auditor, pues no posee medio para hacer á su vez sus confidencias, de dirigir una pregunta, ni poder espresar lo que desea.

*El hombre que no sabe escribir*, en vano se confía á las infidelidades de su memoria; le es imposible fijar por una nota invariable los recuerdos del presente; quedó todo detrás de él, sucesivamente destruido, las fechas, los nombres, las circunstancias, porque nada puede retener por signos precisos.

Su cerebro se asimila á esos preparados pergaminos, sobre los que se escribe por un instante una fugitiva frase, ó una cifra que cada dia borra el efecto de la vispera.

*El hombre que no sabe escribir*, se vé imposibilitado de esplicar á los ausentes el negocio de que pende su fortuna ó su honor; en vano querria hacer saber á los que gobiernan sus justas reclamaciones; obligado á valerse de mano estraña, se encuentra como herido por una especie de eterna infancia; es un menor que nada puede arrendar sin el socorro de una tutela.

*El hombre que no sabe escribir*, ignora el arte de poner en órden sus pensamientos, ni de espresarlos con brevedad. Acostumbrado á lo difuso de la improvisacion, jamás puede hacer estudio de sus fuerzas, discutir sus espresiones, desplegar sus argumentos, que es la ciencia del lenguaje que enseña á decirlo todo bajo la mejor forma y con la mitad de las voces.

Mas el hombre que posee la lectura y la escritura, es como el pájaro que siente crecer sus dos alas; ¡el mundo se abre ante él! El ha obtenido la victoria sobre el espacio, y el tiempo que el pastor suplicó á Dios en su sueño.

Ahora todo pende del buen ó mal empleo que hará de estos dos poderosos instrumen-

tos! ¡En el paraíso terrestre el árbol de la ciencia era también el símbolo del mal!

*Quien sepa leer y escribir*, si falta no será al menos sin saberlo; su crimen no será hijo de la ignorancia, sino de la elección que haga siendo el legítimo y solo responsable ante los hombres como ante Dios.

ELENA CERRADA.

(Se continuará.)

## LA GUERRA.

¿Qué se mira doquier? Luto.

Y la evidencia del infortunio, invadiendo el corazón, arranca un ¡ay! de dolor, y en pos de un estravío, solo divisamos llanto y gemidos.

Lejos de nosotros las lágrimas, y de nuestro pecho los gemidos: no es hora de llorar, y sí oportunísimo momento para que la razón luzca serena. La fiereza propia del hombre primitivo, no es tan bárbara como la enconada saña del ciudadano contemporáneo; ella le mueve hoy obligándole á chocar.

Masas compactas de seres se atropellan y estrujan por acudir á la matanza; corceles en confuso turbion se lanzan cual aludes, y rasgan destrozando los campos, talando los bosques, incendiando los hogares, hasta convertir todo lo que poco antes vivía, y florecía, en mudos y fríos páramos donde la muerte se recrea.

¡Poderosa fuerza debe ser aquella, que de tal modo arrastra á los hombres!

El vértigo domina á estas vivientes olas, cegadas por la pasión y por ligeros y fútiles motivos sensibles.

Los títulos, en virtud de los que se rige á los pueblos, pueden reducirse á la idea de fuerza. De tal suerte, que estos no son una Arcadia florida, en la cual las querellas de sus pastores eran dirimidas por los ancianos, sino muy al contrario, el hierro encauza á los hombres en determinada senda.

Mas con frecuencia las leyes generales, que no solo alcanzan al mundo físico, sino que aprovechan al moral, dan origen á un efecto lógico; de el desprestigio y mengua de una fuerza nace el acrecentamiento de su opuesta; ó lo que es lo mismo; se plantea el problema de poder y resistir.

¿Cuál es el punto de apoyo?

La sociedad, en cuyo seno germinan estos antagonismos. Momentos hay en que se equilibran estas fuerzas, y sobrevienen los días nunca suficientemente llorados, en que la industria cierra sus fábricas, el comercio sus tiendas, y la ciencia pacífica y tranquila sus universidades.

En tales ocasiones tiembla el espíritu, la espectación es anhelante, y se cuentan los latidos del corazón, del mismo modo que los segundos trascurren.

¿*Quare causa?*

Una muy sencilla: la idea innata de lo justo y de lo bueno, es ahogada por los motivos sensibles que producen la injusticia y la maldad; las sociedades sufren porque los individuos no se hallan sanos; pues, aquellas, sumas de estos, reúnen los caracteres, las condiciones y demás padecimientos de la naturaleza humana.

Contad, queridos lectores, conque el mundo toca las consecuencias, no diré de un desvío, pero sí de un olvido. Si esternamente, por mas que en nuestra conciencia distingamos lo bueno de lo malo, no practicamos ni respetamos lo justo, ¿cómo abtirnos paso entre nuestros semejantes, si hacen lo mismo, el que por perversión no, por mal ejemplo?

¿Cómo triunfaremos de tan divergentes aspiraciones? Si la razón no se deja oír, con el puño; es decir, no resolviendo nada; pues los procedimientos de fuerza son impotentes para dirimir contiendas.

Cuando la inteligencia estiende su dominio, no solo en el mayor número, sino en calidad y por porcionalidad resulta que todos nos respetamos, la gobernación, entonces, es sencilla, disminuyendo como consecuencia los actos de barbarie; en momentos históricos tan suspirados luce un sol fúlgido y esplendoroso en un horizonte despejado; las bellas artes dulcifican las costumbres y doman á los hombres; la ciencia escribe una nueva página de gloria, y el Estado vive próspero y rico de bienandanzas.

Pero el hombre es aficionado, sin conocerlo, á los contrastes; nos gusta contemplar, no solo días de calma y bonanza, sino tempestades borrascosas; el quietismo llega un instante en que nos cansa y nos fastidia, y entonces nos agitamos, y el vértigo domina nuestro sér.

De aquí esas conmociones periódicas que estremecen á la sociedad; no se forman de repente: las causas pueden permanecer ocultas, aun cuando los efectos sean tangibles. El origen de los conflictos está en nosotros,

por mas que la imágen de la guerra, terrible siempre, nos intimide un poco con sus aprestos bélicos, y con los resultados pavorosos á que dá lugar.

Una idea, siquiera sea leve, ligera, puede dar lugar á sucesos tristísimos que el corazón deplora; las ideas son los motores de la materia, el alma de los instrumentos preparados para el choque, y dispuestos á quebrarse en mil pedazos; son aquellas, en fin, el fuego que alimenta locas esperanzas, raros desvaríos, é inauditas ambiciones.

El hogar, la familia, la patria, en mil teorías se olvidan, y de aquí el encono, el odio de hermano á hermano; los lazos dulces, cuya suavidad mitiga y endereza un instinto torcido, rómpense, y se truecan en férreas cadenas ó en haces de fuego. Estas deflagraciones no son del momento: aparecen como un castigo justo, como una prueba evidente del desvarío.

El término lógico de un principio falso, es el caos, el error; en la inteligencia no cabe este último: ó se conoce ó se ignora; si lo primero, hay conocimiento, existe un hecho de conciencia; si lo segundo, la pasión se ha sobrepuesto á la razón, obligándola á ver, como evidentes, cosas que no son justas, y que el tiempo, gran espurgador de errores, se encarga de relegar al olvido.

VENTURA GALLEGOS.

## LA ESPOSA DE FARFAN.

TRADICION.

(Continuacion.)

IV.

Otra vez su denso velo  
La noche tiende en el mundo,  
Y ni aun triste y moribundo  
Un astro brilla en el cielo.

Profunda es la oscuridad,  
Puede hacerse con arrojo  
Lo que causara sonrojo  
Del sol á la claridad.

Con las sombras protegido,  
Recatado y silencioso,  
A pie, marcha presuroso  
De hombres un grupo crecido;

Hombres que helados de horror  
Ante el peligro cejaron,  
Y que á la vez, no temblaron,  
A vista del deshonor.

Hombres que mandados van  
Por un demente de amores,  
Miserables desertores,  
Conducidos por Farfan.

Ya esta porcion de villanos,  
Media legua está distante  
De las tropas del Infante,  
De los dignos castellanos.

Cuando execrando el destino  
Sienten caballos trotar,  
Sin que el encuentro evitar  
Permita el fatal camino.

Es un escuadron guerrero  
Sea de moros ó de fieles,  
Pues son muchos los corceles,  
Y crujir se oye el acero.

Ya, pues con prisa camina,  
Esta gente á ellos se junta,  
Y ¿quién vive? les pregunta  
Una voz dulce, argentina.

Pregunta que solo halló  
Un silencio prolongado,  
Y el corazón aterrado  
A los cobardes dejó.

Que ya presos piensan ser  
Por las tropas de Castilla,  
Y el castigo y la mancilla  
Tienen razon de temer.

¿Quién vive? ¿Hacia dónde van?  
Repite la voz sonora  
Mas ¡ah! que responde ahora,  
Lanzando un grito Farfan:  
—¡Ah!.. ¡Su voz!.. yo estoy despierto?  
¿Soy de un ensueño juguete?  
¡Ilusion! es un ginete  
Con su armadura cubierto.

—Yo soy, mi Luis, amorosa  
La misma voz le responde,  
Bajo este acero se esconde  
El corazón de tu esposa.

—¡Tú!.. ¡mi vida, mi Leonor!  
Grita; y mudo, y delirante,  
Y embriagado, y palpitante,  
Queda el pobre desertor.

Y, de amor el alma loca,  
Busca en su delirio insano  
De su Leonor una mano,  
Do imprime la ardiente boca.

—Oye, Luis, dice la dama:  
Tú en Toledo me dejaste  
Y hácia estos campos volaste  
Buscando gloriosa fama.

Mas no es justo cuando Dios  
Dos corazones aduna,  
Que el trabajo y la fortuna  
No sean comun á los dos.

Yo ante Dios en el altar  
A la tuya uní mi suerte,  
De tu vida ó de tu muerte  
Debo ya participar.

Y así, vengo á que me des  
Una parte en tus laureles,  
Y á nuestros amigos fieles  
Traigo á mi mando cual ves.

Que hoy fuera un crimen gozar  
Dicha de amores que encanta,  
Cuando la cruz sacrosanta  
Tenemos que entronizar.

Despues de afanes prolijos,  
De esa dicha gozaremos  
Y entonces dignos seremos  
De engendrar honrados hijos.

Dime si vas á emprender  
Hazañas de eterno nombre  
Y hallarás alma de hombre  
En un pecho de muger.

¡Tú callas!... ¿mi pretension  
Te ha enmudecido de espanto?  
¿Qué, no cabe arrojito tanto  
En femenil corazón?

¡Silencio aun!..., ¿por mi mengua,  
Qué accion cobarde ó medrosa  
Te mostró que de tu esposa  
Solo es valiente la lengua?

Habla Luis, ó de dolor  
Mi corazón rasgarás;  
Pues al callar mostrarás  
No es ya tu vida mi amor.

—¡Tal piensas, Leonor!... ¡mi vida!...

—No temas ser indiscreto;  
¿Tendrá Farfan un secreto  
Para su esposa querida?

—Pues bien, sábelo ¡ay de mí!  
Dice el jóven tembloroso,  
Es, mi Leonor, que tu esposo  
No se halla digno de tí.

—¡Qué dices!  
—Yo sin tu amor  
Ya mas vivir no podia;  
Yo presa el alma sentia  
De un vértigo abrasador.

Y ante el peligro temblaba,  
Y aunque presumo de fuerte  
No pude arrostrar la muerte  
Que de tí me separaba.

Bien tu valor conocía,  
Tu altivez de noble dama;  
Mas dije, si ella me ama  
Perdona mi cobardía.

Y por este amor rendido  
Por mas que luchó violento....  
Deserté del campamento,  
De todos estos seguido.

—¡Vos, Farfan! ¡tal habeis hecho!  
¡Y haceis de mi amor alarde!  
¿Con el amor de un cobarde.  
Pensais se sacia mi pecho?

¿Y encareciendo ese amor  
Creereis que mi enojo calma?  
¡Dar yo el amor de mi alma  
A un cobarde, á un desertor!

¡Pluguiera á Dios que el deber  
Ese amor no me intimara,  
Y el corazón me arrancara  
Si guarda vuestro querer.

¡Oh! yo diré á mi memoria  
Y á mis hijos, si soy madre,  
¡Para amar algo á ese padre  
Echad un velo á su historia!

¡Yo, en vez de mi frente ornar  
Con los lauros de mi esposo,  
Su estigma hirriente, afrentoso  
Habré en ella de llevar!....

Mas no, no ha de ser así;  
Si os falta á vos hidalguía,  
Valor, nobleza, energía  
Y arrojito me sobra á mí.

Y pues nos une á los dos,  
Por mi mal, estrecho lazo,  
Dadme esas armas, mi brazo

Por mí luchará y por vos.

Pronto las armas soltad;  
Y pues os acosa el miedo,  
Volved, buen hombre á Toledo  
Y allí mi rueca empuñad.

¿Quién contempló al pescador,  
Que al tocar la ansiada orilla  
Vé naufragar la barquilla  
De las olas al furor?

¿O al que vió que el rayo ardiente  
En un páramo trocara  
La heredad que le costara  
Todo el sudor de su frente?

¿Quién vió en fin, al que soñó  
Mundos de luz y colores,  
Y tinieblas, y dolores  
Al despertar encontró?

Este podrá comprender  
De Farfan el desaliento,  
Al escuchar el acento  
De su inspirada muger.

Cubre el cielo de su amor  
Velo fúnebre, tupido  
Y una voz grita á su oído  
Cobarde, vil, desertor.

Siendo en conjuncion penosa,  
Que le desgarrá cruenta,  
Todo el peso de su afrenta,  
Todo el rigor de su esposa.

Mas si hallá en su corazon  
Un mar de hieles apura,  
Bienhadada es su amargura  
Que causa su redencion.

Alza la frente amarilla,  
Donde, las nubes rompiendo  
Y en el cielo apareciendo,  
La luz de la luna brilla.

Y así esclama, y de dolor  
Su acento sonoro vibra:  
Mi mas delicada fibra  
Has destrozado, Leonor.

Mas te juro por mi fé,  
Ya que por mi honor no puedo,  
Que con heroico desnudo  
Mi mancha, sí, lavaré.

Si hay en mí torpe mancha  
Mi sangre podrá borrarla;  
Toda quiero derramarla

Por tu amor y por Castilla.

Yo digno he de ser de tí,  
De ese amor que no merezco,  
Yo por mi amor te lo ofrezco;  
No dudes, Leonor, de mí.

Y hasta calmar tus enojos  
No buscaré, mi hermosura,  
De tu halago la dulzura,  
Ni aun el mirar de tus ojos.

—Si es así, dice Leonor,  
Volved sin perder instante  
A las tropas del Infante,  
Desagraviad vuestro honor.

Y vosotros, que á un demente  
Seguisteis en la deshonra,  
¡Cuándo vá á lavar su honra  
No seguireis á un valiente!

No os asuste ese baldon  
Que hais echado á vuestro nombre;  
Que nunca es mas grande el hombre  
Que en su misma espiacion.

Seguid, si quereis mi mando,  
Inspiraos de heróico aliento;  
Vamos hácia el campamento  
En busca de D. Fernando.

Y si de enojo se inflama  
Su noble pecho guerrero,  
No importa, cual caballero  
Sabrá escuchar á una dama.

¡Oh qué fuerza y que poder  
El heroismo respira!

¡Oh cuánto valor inspira  
Con su ejemplo esta muger!

Como del sol la influencia  
Deshace la niebla fria,  
Disipa la cobardía  
El calor de su elocuencia.

No hay siquiera un corazon  
De los que tanto han temido  
Que á su voz no esté rendido,  
Que no muestre aprobacion.

Y, obedeciendo su mando,  
Con los que van de Toledo,  
Todos regresan sin miedo  
En busca de D. Fernando.

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

(Se continuará.) 124

## LA MUJER Y LAS FLORES.

*(Continuacion.)*

Envuelto en el fino papel iba tambien una flor que era la misma que firmaba.

Aquello le hizo temer una acechanza de algun enemigo oculto, y llamando á su hermano, le pidió fuera á enterarse de la salud del conde, de quien sabia habia comido el dia antes en casa de la princesa á quien en la corte designaban como rival suya.

Mr. de Cerny fué á casa del conde, y con sorpresa supo que aquella misma mañana al entrar su ayuda de cámara en su dormitorio á despertarle, como todos los dias, lo encontró frio cadaver en su lecho, con una flor cogida entre sus crispados dedos. Aquella flor era una Clematide.

La Clematide es venenosa. Un cocimiento de sus hojas mezclado con el té que tomó con la princesa, y los besos que incautamente dió sin duda alguna á la flor, habian bastado para producirle la muerte. Así resultó de las indagaciones que la justicia practicó.

La señorita de Ceruy vivamente impresionada por el fin de su futuro á quien amaba, abandonó la corte, y se retiró á llorar su infortunio y á rogar á Dios por el que tenia que ser su esposo, al convento de carmelitas de Chaillot, donde algunos años antes Luisa de la Valiere lloró tambien el desamor de su real amante.

La princesa pudo eludir fácilmente el castigo que su delito merecia.

El poeta Crebillon, el célebre autor de *El Sofá*, compuso un romance para conmemorar aquella tragedia, representada entre tres personas en medio de una corte disoluta y escéptica.

Apesar de ello, ese hecho en que La Clematide hizo tan triste papel, no creemos sea muy conocido.

## XV.

## LA ANEMONA, LA DIANELLA

Y LA VAINILLA.

Misteriosa es la ley que preside el destino de las criaturas; triste y desconsolador el porvenir de algunos seres que por sus condiciones especiales causan el bienestar cuando no la felicidad de los que tienen contacto con ellos.

La mujer, ese ser privilegiado en el que resaltan á la vez tan encontrados encantos

como contradictorias cualidades morales, es una prueba patente de que la ley que preside su destino es algunas veces anómala y caprichosa.

Las flores, que bien pueden considerarse homónimas á las mujeres hasta cierto punto, corroboran asimismo la verdad de nuestras aseveraciones.

Estamos en Paris. El comedor del ministerio de Negocios extranjeros está resplandeciente de luces y saturado de un suave perfume que deleita los sentidos. El ministro ha dado un opíparo banquete al cuerpo diplomático acreditado en la corte de Francia. Cien hermosísimas damas han amenizado con sus encantos aquella reunion de amigos de conveniencia, porque las relaciones diplomáticas no son otra cosa que una amistad de conveniencia, basada en los principios utilitarios mas bajamente despreciables muchas veces.

Los graves comensales invitados por su anfitrión han pasado á otro salón á tomar el café. Solo quedan en el comedor y al rededor de una elegantísima mesa algunas parejas entretenidos en íntima conversacion, que al parecer tiene muy poco de política.

Presentemos á dos de esas parejas que á distintos sexos pertenecen.

La primera, la que pertenece al género encantador, son dos jóvenes de unos veinte y cinco á treinta años á lo mas. Ambas visten con notable elegancia, y esquisito gusto y riqueza, como conviene á las esposas de un senador del imperio y de un ministro plenipotenciario.

El otro grupo está compuesto de dos jóvenes de la misma edad pocas ó mas. El uno es moreno, pálido, de negros ojos, y mirada inteligente, aunque triste, y un tanto apagada. Viste un traje oriental cuajado de perlas y rubíes; es el secretario de la embajada de Persia, joven ilustrado, de mucho talento y gran conocimiento de esa ciencia especial que se llama mundo, que ha adquirido con frecuentes viajes por todos los países de la tierra. El otro es blanco, rubio, de ojos azules, mirada lánguida aunque simpática, y cara adornada de finas y rizadas patillas del mismo color de su pelo. Viste de rigurosa etiqueta, y en su traje no brilla mas pedrería que una placa de diamantes que se destaca del negro paño de su frac, y por cuya configuracion se adivina que es la cruz de la Aguila roja, y por lo tanto el secretario de la embajada de Prusia el que la lleva.

Ambos secretarios están unidos por íntima amistad, pues su edad, ideas y costum-

bres son completamente iguales, así es que les llaman los filósofos platónicos sus compañeros de carrera.

La verdad del caso es que Jadhel-Kahan y el baron de Gritcheken, pasan la mayor parte de su tiempo entregados á estudios y ocupaciones serias propias de sábios octogenarios. En aquel momento acaban de terminar una conversacion puramente científica, y han quedado callados oyendo ó enterándose por casualidad de la que entre ellas llevan las dos jóvenes damas, que son la condesa de Melun y madame de Lautromont.

—Ignorabas tú, condesa, la historia de las tres jóvenes nuestras antiguas compañeras de colegio?

—Completamente. ¿Me la quieres contar?

—Con mucho gusto.

—Te escucho.

—Sabes tú que Clara, Cecilia y Cornelia, vivian siempre muy unidas: pues hoy se han separado.

Esas intimidades son para mí tan inexplicables como fortuitas, tanto como la de estas tres flores.

Y alargando el brazo tomó de un ramo que en un precioso jarron de porcelana de Sevres no lejos se hallaba, tres flores, una *Anémona*, una *Dianella* y una *Vainilla*.

Ya ves, prosiguió, están juntas, pero el destino de cada una es distinto, como diferente ha sido el de nuestras antiguas compañeras de colegio, pues Clara es la esposa (para algunos dudosa) de un aplaudido actor del teatro francés; Cornelia ha dado su mano á un mulato millonario de la Martini-ca, y Cecilia es la monja organista del pequeño Picpus

—¿Y son felices?

—Las noticias que yo tengo no las atribuye gran felicidad. Clara sufre las veleidades de su esposo, que cada dia tiene nuevos trapicheos; Cornelia ha de resignarse á los ridículos celos de un Otelo, que tiene la cara negra y el pelo blanco por la nieve de los años, el cual la sujeta á los suplicios mas estrambóticos y á las pruebas mas estúpidas. Y, finalmente, Cecilia, siente como se consume su juventud en el claustro atormentada por el recuerdo de su primo el capitan de saphis, que fué á buscar la muerte á Argel en el sitio de Constantina.

—¡Desgraciadas!

—Sí, muy desgraciadas, pero ellas no lo han podido evitar.

—¿Quien sabe!

—Como no pueden evitar estas flores que yo estoy acariciando en este momento que

las abandone á los rigores de mas cruel porvenir. Mira.

Y las tiró.

Las flores fueron á caer sobre la alfombra, á dos pasos de Jadhel que las contemplaba pensativo.

—Vamonos de aquí, necesito hacer dos preguntas á mi esposo, dijo la condesa.

Y se levantaron, saludaron á los secretarios, los cuales levantándose se inclinaron casi hasta llegar al suelo, y salieron del comedor.

—¿Habeis oido baron la historia que han contado las damas que acaban de marcharse, de sus antiguas compañeras de colegio?

—Todo lo he oido.

—Pero lo mas chocante no lo sabeis.

—¿Qué es ello?

—Que las tres flores que han servido á la narradora de prueba comparativa, se han perfilado tambien su porvenir. Oid lo que he podido entender de su diálogo.

Hablaba la *Dianella*.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## INTERROGANTES.

¿A qué he de ir al bosque misterioso, el cántico á escuchar del ruiseñor?...

¿Qué canto igualar puede al eco de tu voz?

¿A qué quieres que salga á la ventana, á ver alzarse tras la cumbre el sol?...

¿Qué sol, de tus pupilas se igualará al fulgor?

¿A qué me dices que la tierra cruce corriendo loco de la dicha en pos?...

¿Dónde he de hallar la dicha, si tú eres el amor?

ENESTO GARCIA LADEVESE.

Valencia: Imp á cargo de R. Ortega, Cocinas, 1.